

que cubrían el sendero. El sitio hallábase próximo al enemigo, pero Juancito no dudó. El deseo de ver y de hablar á su amada era superior á cuantos peligros hubieran de presentársele. Solo, sin más compañía que sus armas y su espíritu amante y esforzado, voló al lugar de la cita no bien hubo mediado la noche, pero allí no halló á nadie. Se bajó del caballo, sentóse á esperarla en una peña próxima á una larga fila de árboles y á poco rato se encontró sorprendido por un numeroso grupo enemigo, contra el que inútilmente se resistió. Poco tiempo después se oyó una descarga por aquellos alrededores, que recibió en el pecho y en la cabeza Juancito González.

El famoso jefe argentino, terror de los paraguayos, había dejado ya de existir.

En las primeras horas de la mañana que sucedieron á aquella noche, se trabó sangriento combate entre las fuerzas de la Triple Alianza, que atacaron á las paraguayas con extraordinario denuedo, dispuestas á vengar la muerte del mejor de sus jefes que acababa de ser fusilado después de habersele apresado en una emboscada dispuesta por una mujer.

Las tropas argentinas se disputaron el honor de ser las primeras en avanzar, arrollando en su empuje á los paraguayos, que se rehicieron á seguida peleando

con el valor de la desesperación y la embriaguez de la sangre.

Las fuerzas de la Triple Alianza ante una acometida tan brusca hubieron de replegarse y preparar sus cañones para recibir con mayor resistencia á los paraguayos, á cuya cabeza iba arengándolos, fascinándo-

los de una manera extraordinaria, una mujer, tendido el cabello, inyectados los ojos en sangre, con una bandera del Paraguay en una mano y un revólver en otra, que disparaba continuamente, sembrando la muerte y el espanto á su alrededor y sin cuidarse del mortífero fuego de los cañones enemigos.

Hubo un momento en que la fuerza que la seguía se detuvo, casi deshecha por completo y viendo lo imposible que les era avanzar; pero aquella mujer siguió sola, sola y corriendo hacia el enemigo, hasta llegar á pocos pasos de ellos, cayendo atravesada por una lluvia de balazos, asida fuertemente á la enseña de su país.

Era la amada del jefe argentino Juancito González, la que no habiendo podido desposarse con él en vida lo buscaba en la muerte, para habitar en el mismo mundo y ver si allí, ante Dios, se unían sus almas en el cielo, como lo habían estado en la tierra.

P. SAÑUDO AUTRÁN



ISLAS FILIPINAS. - VENDEDORAS DE CACAO EN PASAY, MANILA (de fotografía de D. Félix Laureano)

NUESTROS GRABADOS

Floreilla campestre, escultura de Miguel Blay.
- Pocos artistas han sabido sentir é interpretar la poesía de los campos como nuestro paisano Sr. Blay: nacido y criado en nuestra alta montaña, en continuo contacto con la hermosa natura-



ISLAS FILIPINAS. - MOJIGANGA DE UNA CORRIDA DE TOROS EN ILO-ILO (de fotografía de D. Félix Laureano)